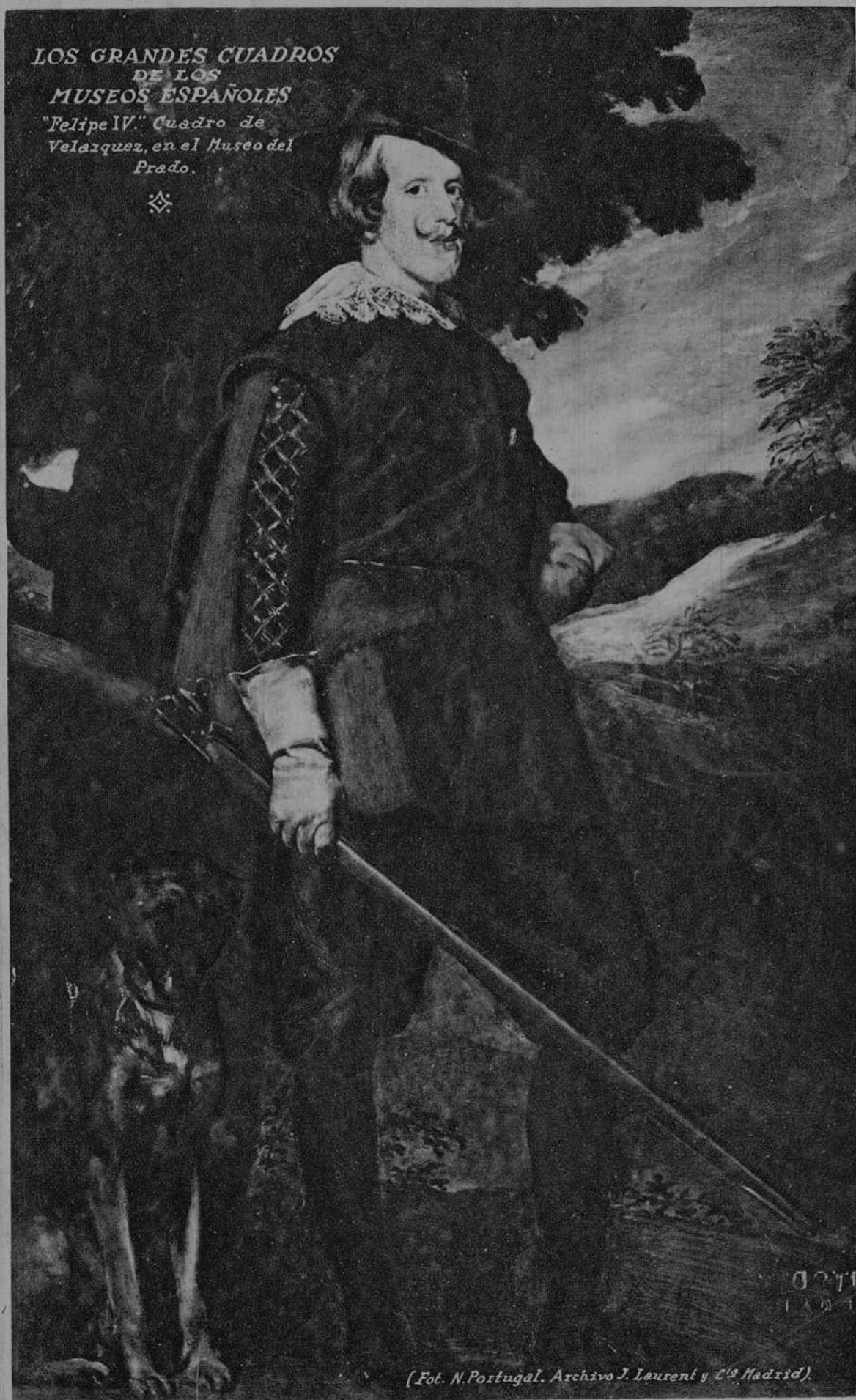
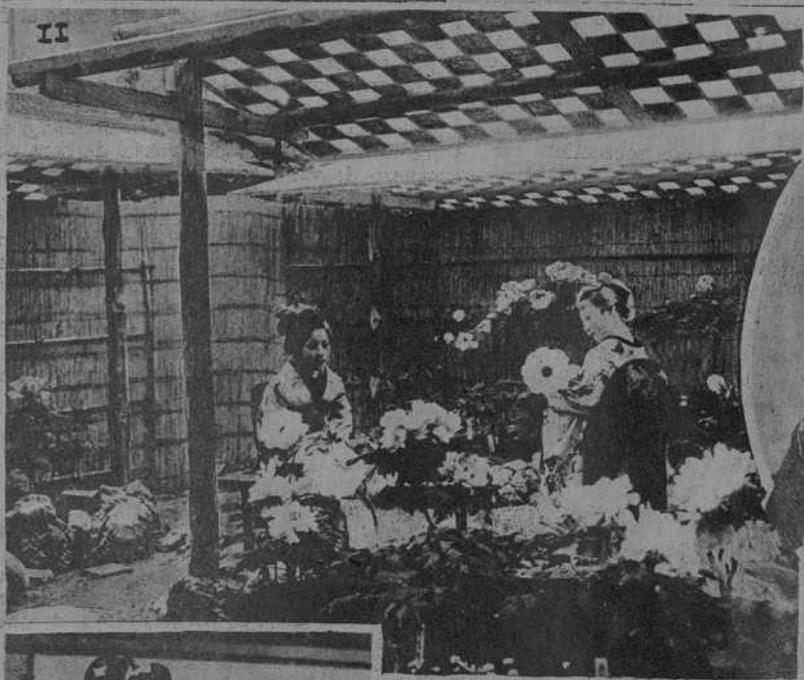


N.º 21. Páginas Extraordinarias de *El Día Gráfico*, 15 de Agosto, 1926.



La Japonesa.

En nuestro número anterior ofrecíamos los gráficos de las mujeres de Turquía europeizadas. La japonesa tiene aun, para el europeo, todo su prestigio de muñequita exquisita y delicada. Y las geisas, siempre aparecen como en las operetas, con música sentimental y regocijada.



I.-Preparando el te.

II.-Jardin en una casa japonesa.

III.-Orquesta de geisas.

IV.-La hora ceremoniosa del te.

(Fots. Vidal).

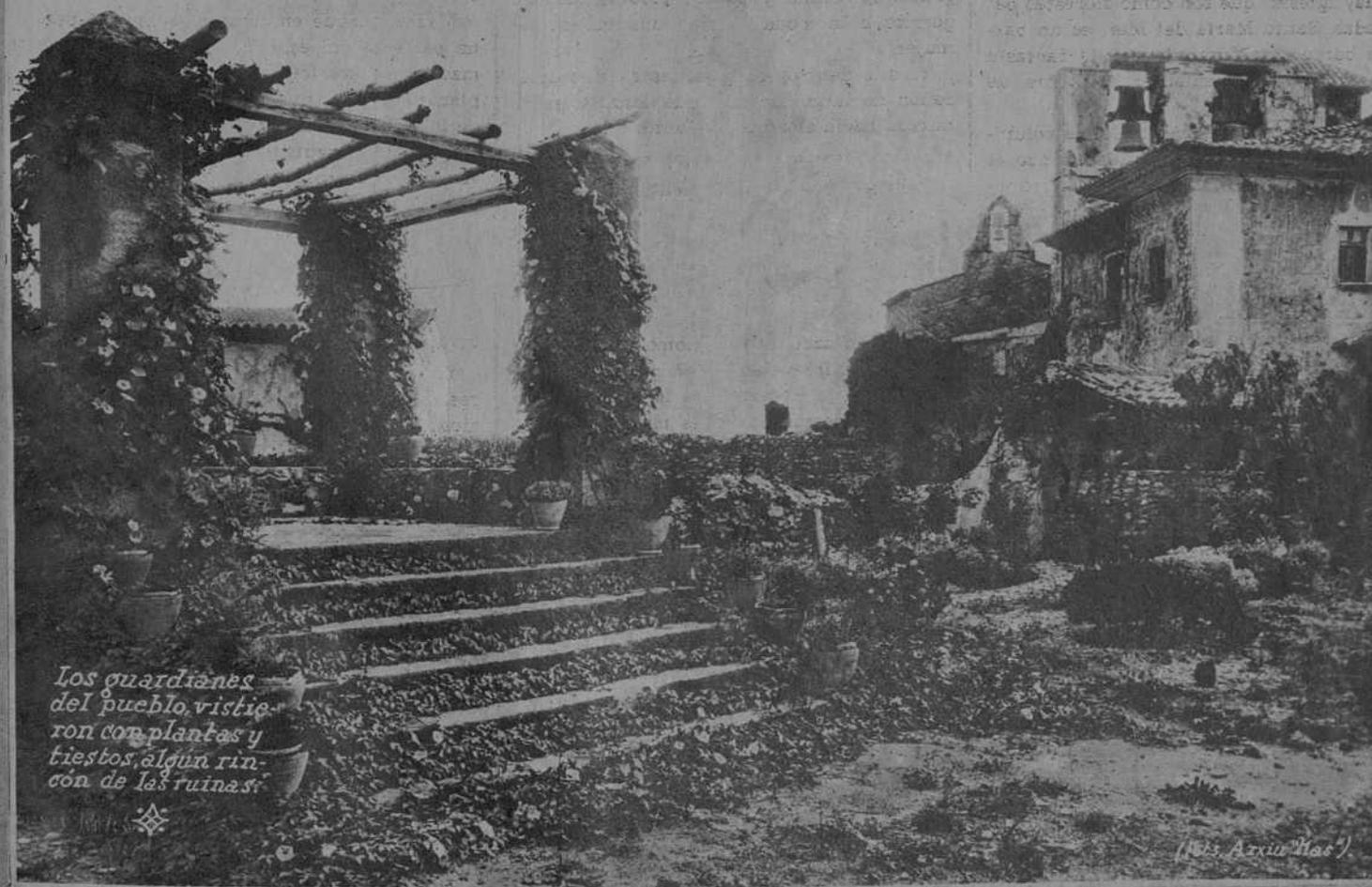
BARCELONA Y SU ALREDEDOR

Cataluña Romántica.

El pueblo abandonado
de Tamarit.



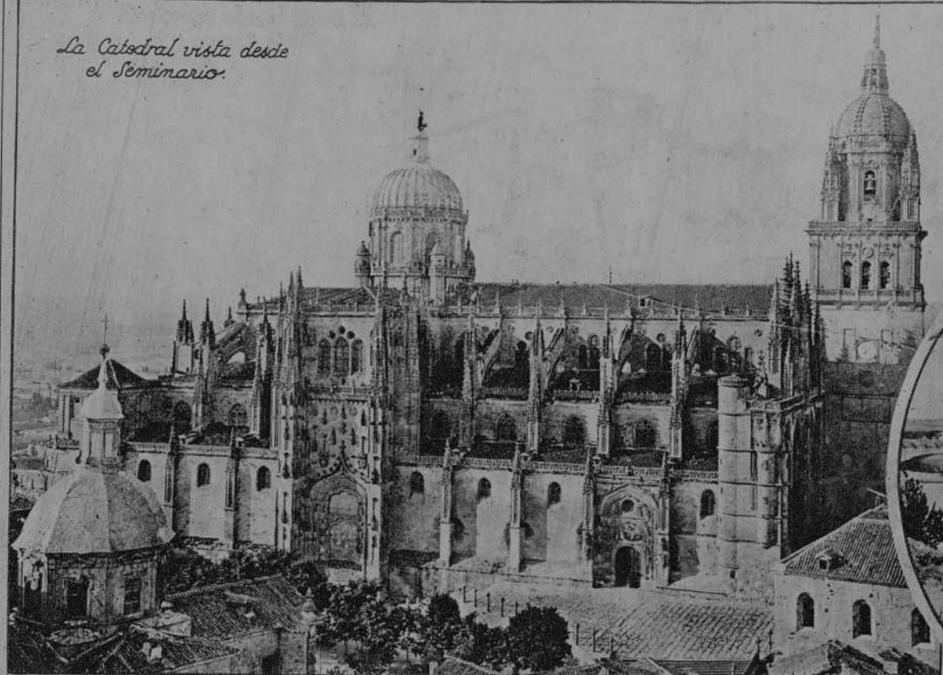
El Castillo



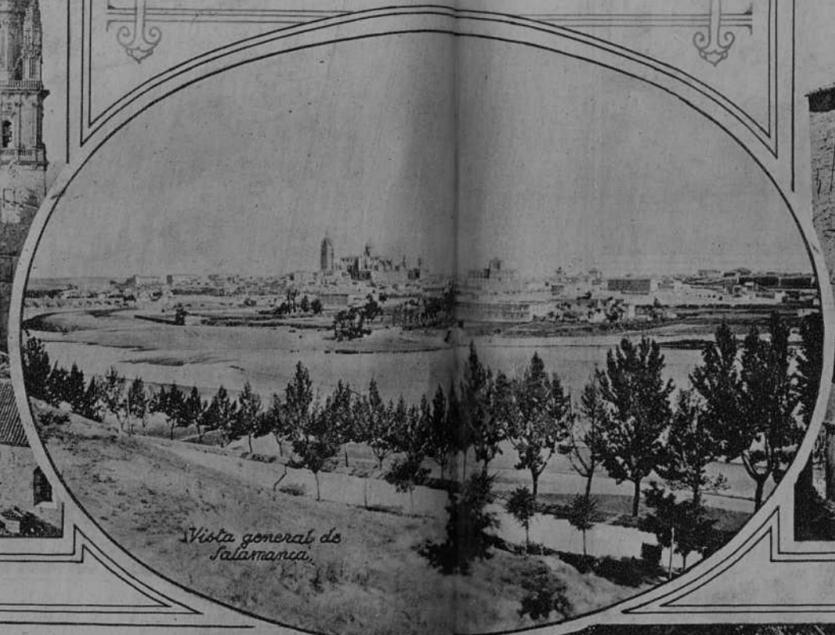
Los guardianes
del pueblo, vistie-
ron con plantas y
tiestos, algún rin-
cón de las ruinas.

(Mrs. Arzu "Hac")

La Catedral vista desde el Seminario.

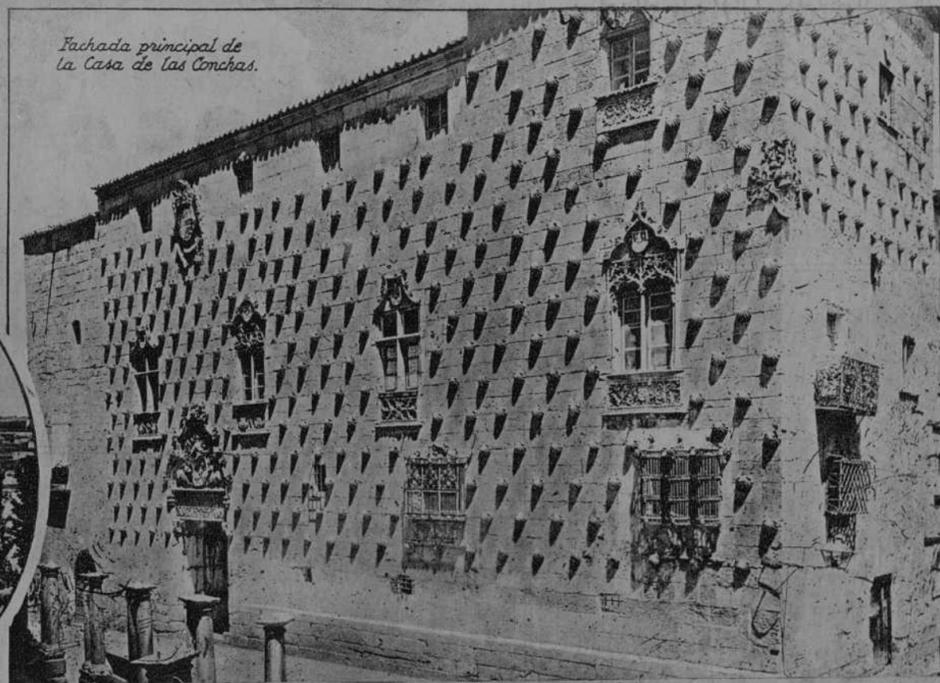


La noble, lista y áurea Salamanca.



Vista general de Salamanca.

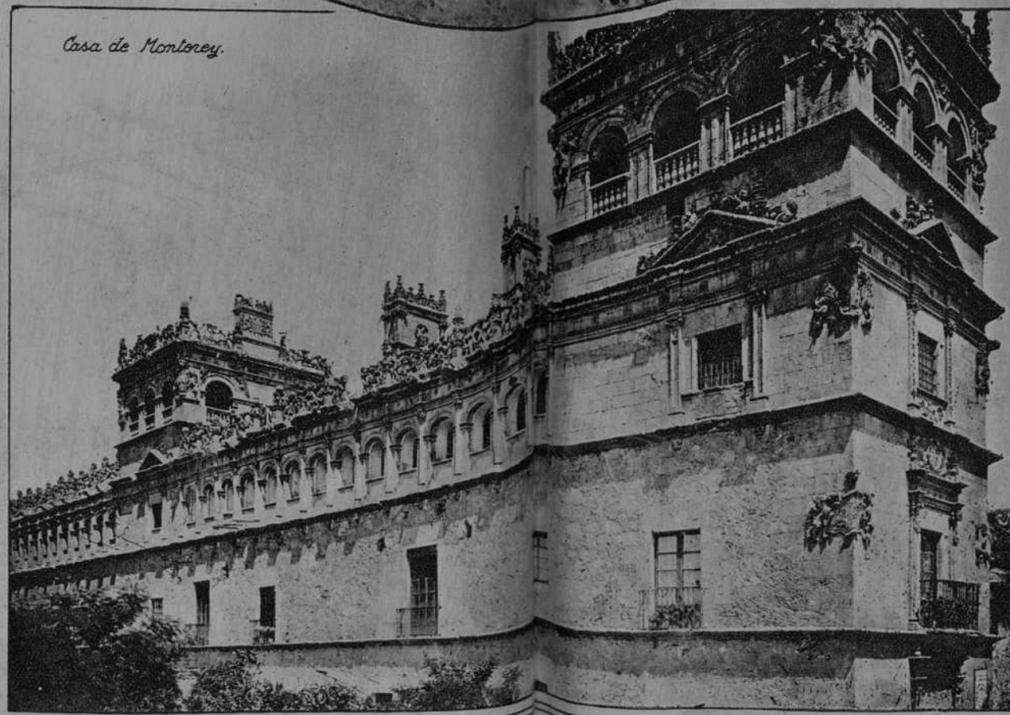
Fachada principal de la Casa de las Conchas.



Vista general de la Universidad.



Casa de Montrey.

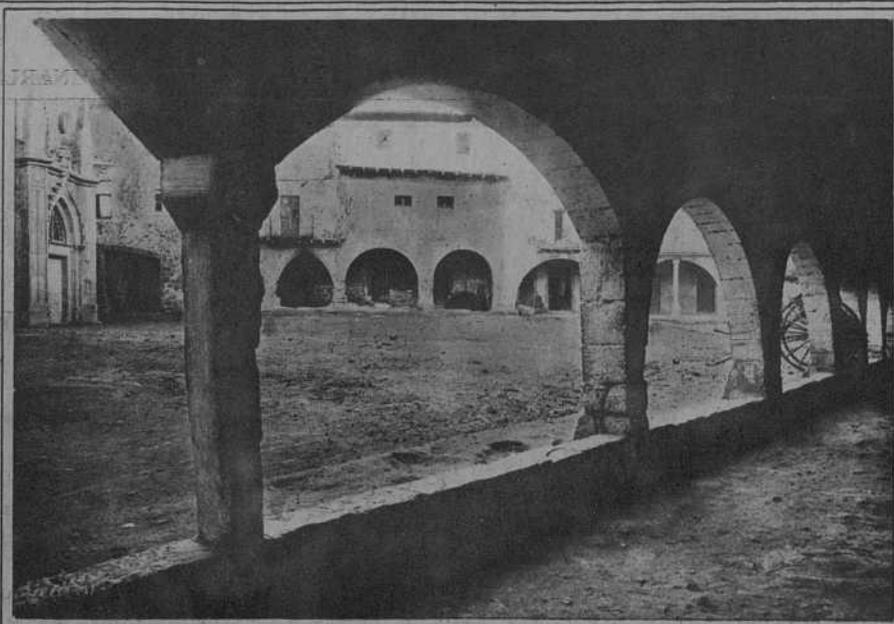


Tal vez no haya ciudad española, auténticamente y homogéneamente española, como Salamanca. El Renacimiento español, está en su arquitectura y en su tradición universitaria. El gótico plateresco, en ella tiene ejemplares maravillosos. Su Universidad conserva en sus piedras doradas, todo el prestigio de su siglo XII, cuando era famosa en el mundo. Es la ciudad castellana, crecida por su fuerza, sin la sombra de la Corte.



Casa de Doña María la Brava.

Las plazas porticadas
de
Cataluña.



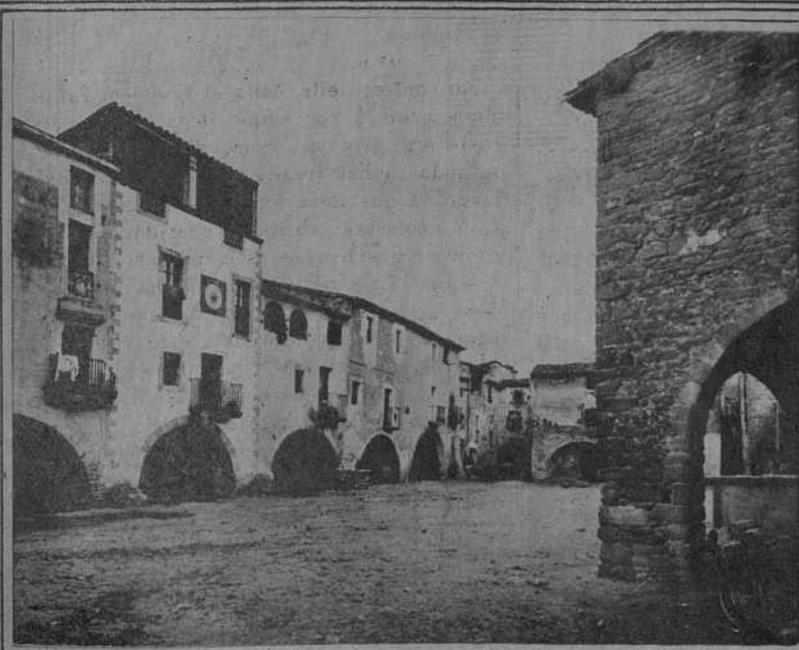
Plaza de "Sant Pau". (Olot).



Plaza de la Constitución de Tortosa.



Plaza del Mercado de Granollers.



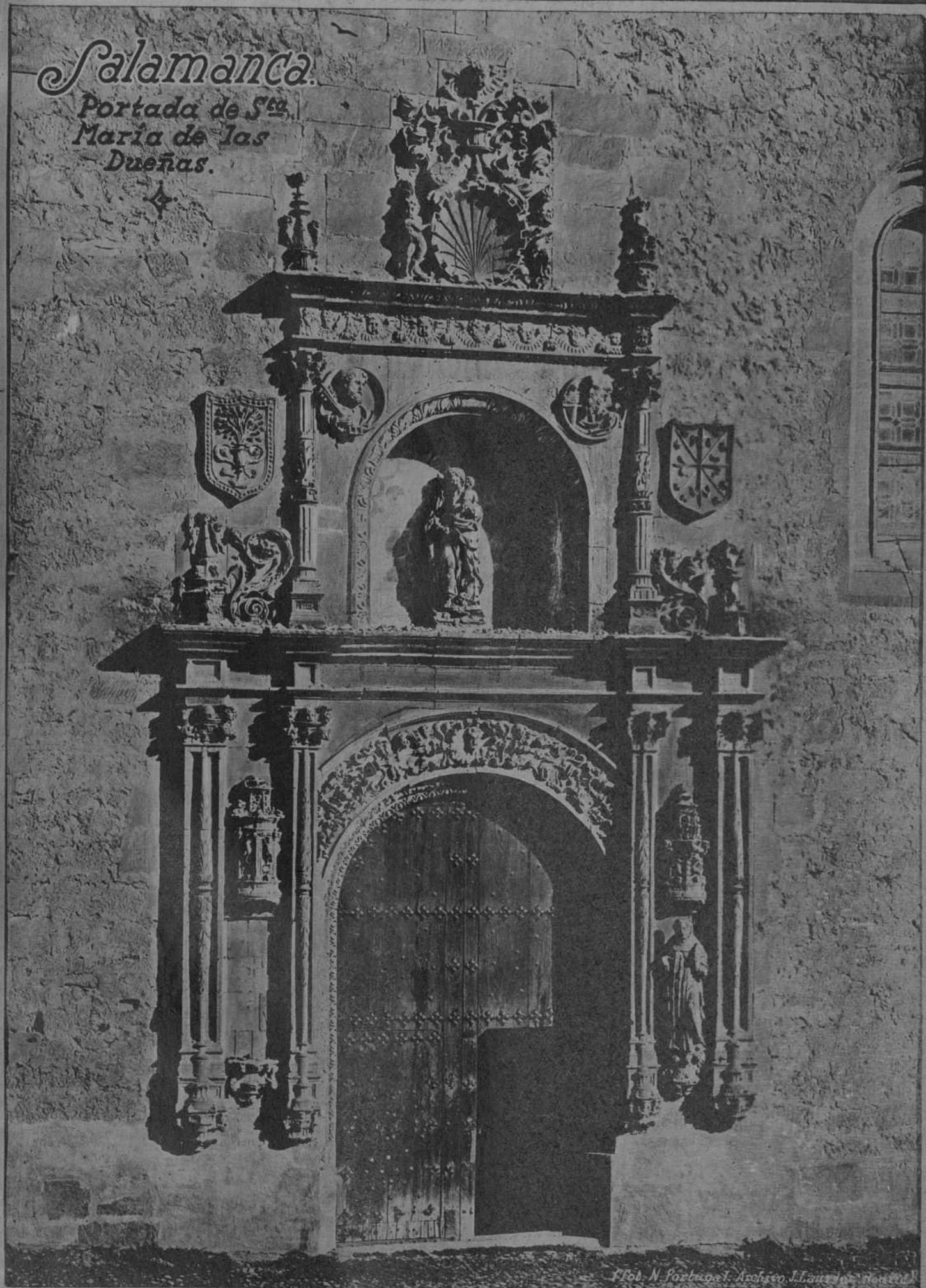
Plaza del Mercado de Monells, en el Ampurdán.
(Foto. Archivo "Hae").



Plaza de San Juan, en Solsona.

Salamanca.

*Portada de S^{ta}
Maria de las
Dueñas.*



Salamanca



Puente romano sobre el Tormes.



Fachada del Colegio de los Irlandeses.

(Fot. M. Portugal, Archivo, J. Laurent y C. Madrid.)

La segunda expedición de Catalanes a Oriente

por CASIMIRO GIRALT

II

*El comediante español,
viajero de tercera clase.*

El artista español es viajero de tercera clase. Nada importa que el Sindicato de Actores obligue a las Empresas a que el artista viaje en segunda y hasta en primera categoría. El, el comediante, es por derecho propio viajero de tercera clase.

La tercera clase va con él, sea cual sea la categoría del departamento donde se instala. Es un privilegio, una especie de cuestión de personalidad que nadie puede regatearle ni discutirle: ni Empresas ni Sindicato ni público.

No recordamos quien,—un botarate, seguramente—ponderando la prodigalidad, el despilfarro de un amigo suyo, exclamaba lleno de admiración:

—¡Viaja como un marqués!... ¿que tiene sed?... ¡Una gaseosa!...

Pues bien, este personaje es el cómico español. Como el amigo del botarate, viaja con despilfarro y bebe gaseosa.

Por esto es viajero de tercera clase, y no lo es ni puede serlo en tren expreso ni directo. No lo será nunca. Ni que lo impusiese el reglamento del Sindicato.

El comediante que sintió antes, ya al tomar el tren, el derecho a la protesta,—por que la protesta sea una cosa tan española como la manzanilla, los toros y las mujeres con mantilla—y ejerció la protesta contra todo: contra la hora intempestiva de salida, contra el servicio de la Compañía, contra la afluencia de viajeros; siente, ahora, una vez puesto el tren en marcha, la necesidad de proveerse de determinados comestibles con que distraer las horas de ocio del viaje...

Y para ello, pone a contribución de nuevo su derecho a la protesta y su poquito también de derecho a la bronca. Porque la bronca es también algo de pura cepa española. Se llega a ella, porque se ha de llegar. Porque de no ser así no se sería hombre, ni español ni comediante con dignidad que quiere ascender a primera figura y mantiene y aumenta en todo momento sus prestigios personales y escénicos.

El artista que tiene la obligación de poseer un repertorio teatral más o menos extenso, debe poseer también un cierto repertorio de palabras más o menos contundentes al servicio de la bronca. Se cultiva, en este punto, el vocablo de manera prodigiosa. Y se cultiva a sí mismo, la nomenclatura «aplicada» de la familia,—la tía, la hermanita, la madre, ¡la santa madre! sobre todo,—y se la nombra en formas y variedades tan insospechadas que el Diccionario habría de enriquecerse en proporción mayúscula si la Academia de la Lengua Es-

pañola velase de verdad por el idioma nacional.

La protesta, por lo tanto, con su derivado la bronca, son de nuevo necesarias al comediante viajero en sus múltiples adquisiciones en las estaciones del trayecto. El artista necesita ahora proveerse de unas naranjas. Después, a los pocos minutos, en la estación inmediata, comprará una tortilla, un bocadillo, unos fiambres. Después remojará el gaznate con un vaso de vino. Más allá tomará «su» café, «su» copita. Más tarde volverá a comer, volverá a beber y en los intervalos siente necesidades irresistibles y perentorias de hacer lo contrario de una y otra cosa...

Por esto los trenes expresos y directos le inspiran un horror profundo. El artista, necesita estaciones, muchas estaciones, cuantas más mejor. Un viaje directísimo, no es un viaje decoroso. No es siquiera viajar. Un viaje decente, requiere emoción, toques de campana, gritos desahogados, carreras, atropellarse por los andenes y voces desesperadas de los compañeros, gritando:

—¡Eh, tú; cómprame un bocadillo!

—¡Tráeme un melocotón!

—¡Cómprame una tortilla!

Nosotros hemos sospechado con fundamento que las Compañías de ferrocarriles, para aumentar sus ingresos, vienen de antiguo explotando un truco a la medida del artista español.

¿No lo sospechaste, también lector? Aquellas paradas misteriosas del tren en despojado, ante una microscópica casita que no tiene ni aspecto de estación, en cuyo sitio jamás veréis subir ni bajar viajero alguno ni cargar ni descargar el menor vestigio de mercancía: ¿no te parecieron, lector, cosa por demás sospechosa?

Allí, en aquella, llamémosla estación, no existe nada más que: un reloj, una campana y un mostrador. Y en el mostrador unas botellas, unos salchichones sudando tinta o poco menos y un jamón que dejó de sudar al quedarse con el puro hueso...

Pues bien, nosotros, aunque de natural confiados, hemos creído siempre, no obstante que aquello que todo el mundo cree ser una estación, no es una estación; es un traga-perras, un cepo, un tima-cómicos... Por algo somos gente «viajada».

En fin, no es ocasión la presente para abismarnos en los misterios de la filosofía ferroviaria, exponiéndonos a perder de vista a nuestro compañero de viaje que en estos momentos siente, más que en noche de estreno, una nerviosidad invencible.

El artista quiere dormir. Su principal preocupación es dormir. Sea la hora que sea. El, que es el ser más habituado de la creación a trasnochar y a acostarse a deshora, en cuanto se siente viajero, quiere dor-

mir a toda costa, aunque no tenga sueño. Que ya es querer dormir.

Por ello no se resigna sino con verdadera indignación a que otro viajero penetre en su departamento. Se ha valido de todos los medios para impedirlo. Ha cerrado la puerta. Ha corrido las cortinillas. Ha apagado la luz. Se ha hecho el dormido. De haber tenido a mano un cerrojo lo hubiera echado a la puerta sin vacilar.

Pero todo ha sido inútil. El intruso ha hecho irrupción en su departamento y desde aquel momento empieza la desesperación del artista. Se sienta de costado. Se sienta sobre las rodillas. Encoge las piernas. Bosteza. Quiere echarse y no puede. Y, finalmente, lo logra, aunque en las posiciones más inverosímiles.

¿Habéis visto por casualidad, asomar dos piés por la ventanilla del tren, como si fuesen dos periscopios?

Pues detrás de aquellos piés, hay un comediante español, el mismo que al poco rato, para cambiar de postura, los colocará sobre las espaldas del viajero intruso o dentro de los bolsillos del gabán de otro compañero de viaje...

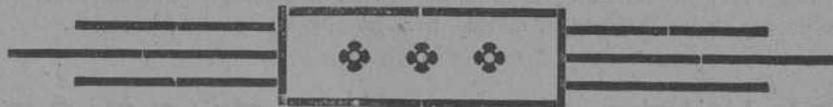
Si el artista se ha provisto de víveres, los trae de tal naturaleza y en cantidad tal, que bien pudiera resistir con ellos un sitio prolongado y cruento en la fortaleza mejor asediada. Y si el artista pertenece al simpático gremio de los coristas, sus compañeros de viaje pueden echarse a temblar.—Nada le detiene, nada le asusta, no repara en quisicosas—, para él no existe obstáculo ni contrariedad. Su tenacidad y su ingenio se aparejan triunfantes y consiguen cuanto se proponen por descabellado que sea.

¿Que se trata de asar unas chuletas? ¿que se trata de hacer un cocidito? Pues, ¡no faltaba más! se asan las chuletas y se hace el cocidito. Un tabique del vagón, un trozo de banco, la tapa del water, la portezuela del vagón, sirven a maravilla para encender una modesta hoguera con que preparar el guiso.

En este punto, se ha llegado a lo increíble, se ha llegado a dar el caso increíble de que al llegar el tren a la estación de término, descubrieran los empleados, con el natural azoramiento, que el convoy no llegaba con todas sus unidades...

¡Le faltaban un par de vagones, víctimas de los excesos culinarios del comediante español!...

Así, con muchas paradas y estaciones, con paradas y estaciones a satisfacción completa, la compañía «Mujeres y Flores de España», llegó a Marsella, la capital menos francesa y más española de Francia.



jar de ser bella. Había que combatir el oca-
so inminente que aquellas canas prematu-
ras le anunciaban...

Se incorporó, y alisándose con suavidad el
tocado, se esforzó por sonreír frente al es-
pejo delator de su juventud fugitiva.

Realmente estaba bella en aquella «posse»
de decadencia. «¿Pose?»... ¡No! Había de-
masiado sinceridad en su negligencia para
ser una actitud estudiada. Era sencillamen-
te, cansancio físico, agotamiento voluptuo-
so; oca-so, decadencia...

Ya no era la suya la gracilidad fuerte y
vibrante de los veintiocho, de los treinta
años, cuando sus piernas eran blancas y fir-
mes; y sus caderas potentes, como nidales de
pájaros que se debaten por el vuelo libre; y
sus hombros, eurítmicos de curvación exac-
ta, como dos graciosos arcos rosados entre
los brazos amorosamente impacientes y la
cabeza erguida, juvenil, llena de vivacidad,
de salud, de alegría...

Ahora, pasada la juventud, el descenso ven-
dría rápidamente. Y sería en vano procurar
detener el invisible alud de cenizas que desde
el vértice que culminó su belleza, desde el
cenit de su hermosura, empezaba a caer
sobre su vida empolvando su cabellera;
pronto se arrugaría la piel de su rostro, ter-
sa todavía; se estilizarían sus manos hasta
que la piel transparentase los huesos; se
encorvaría su cuerpo, en fin; al peso de una
existencia colmada, como una rama bajo
el agobio de sus frutos maduros...

Instintivamente miró a su entorno. Todo,
menos su propia hermosura, le hablaba de
la eternidad de la belleza. En un ángulo de
la alcoba, la Venus de Milo, reproducida
en mármol a la mitad de su tamaño, sin luz
en las pupilas, sin el encanto de la risa en
los labios, sin vibración ni color en la piel,
sin brazos que enlazar amante al cuello de
un hombre, parecía desafiarla serenamente,
con tácito reto, a conservar invariable el
amor de su Pepe Luis. Elena, la espléndida
mujer que había encendido de deseo los
ojos de miles de hombres a su tránsito por
las calles de las ciudades diversas, «pasa-
ría también» para su marido, como pasó
para cuantos un momento la habían admi-
rado al cruzarse con ella en el camino de la
vida. La Venus no pasaba, no pasaría jamás
mientras en el hombre alentase un anhelo
de formas perfectas, porque ella era la per-
fección de lo inmutable, de lo que, por no
ser perecedero, no tiene hoy ni mañana.
Elena envejecería, y Pepe Luis, que aún
no había llegado a los cuarenta años, se-
guiría amando, no a «una mujer», a ella,
sino, a «la mujer» que, como la Venus mar-
mórea, no envejece tampoco porque se re-
nueva constantemente en el cortejo inter-
minable de las vírgenes que se desposan
con el Ensueño cada nueva Primavera.

Tras de los cristales viselados del bal-
cón, los árboles de la avenida que empeza-
ban a engalanarse con las hojas verdes de
Marzo, le hablaban de la eterna juventud
de la tierra, dormida aparentemente bajo el
armiño del invierno; pero siempre en ger-

minación fecunda, plena de vitalidad ina-
gotable.

Miró al sol, al cielo azul, que las
primeras estrellas de la tarde constela-
ban de diamantes. Y se sintió más pequeña
más frágil, más pasajera que nunca, ante la
maravilla celeste, profundamente bella mi-
les de siglos antes de la aparición del hom-
bro, impasiblemente bella, inalterable, des-
pués que la tierra vuelva a su soledad pri-
mitiva...

¡Pasar, pasar!... ¡Este era su destino! Pe-
ró lo que la apenaba, llenando de una ine-
fable amargura su corazón, era pasar para
su marido, pasar cuanto él todavía tuviese
ansias de belleza en los ojos, sed de juven-
tud en los labios... ¡No era miedo a morir!

Ella habría dejado la vida en cualquier
momento entre sus brazos, si él le hubie-
se propuesto abandonarla ambos simultánea-
mente. ¡Extingirse poco a poco, era lo que
rehuía; vulgarizarse, confundiendo con la
masa anónima de las ruinas de belleza que
en el mundo han sido ¡Dios mío! Había al-
go más triste, más desolador que «haber
sido» que «haber pasado»?

La vida es como un paseo definitivo, úni-
co, a lo largo de un sendero por el que nun-
ca más hemos de volver. Y esa es la triste-
za de la vida, y también su hechizo melan-
cólico: el imposible de gozar dos veces su
belleza.

Elena miraba horrorizada el porvenir
cierto de su amor. Sabía que las mujeres
-en 'ouzejau' tep seprej sei outo 'surpau
nen un punto inefable de hermosura re-
fleja ese instante en que, hundido por com-
pleto el sol tras el horizonte de púrpura,
vibra todavía en el cielo una llamarada de
oro que viste de amatista los árboles de
los parques, de rubíes los cristales de la
ciudad de topacios los ojos de los transeun-
tes... Ella se encontraba en esa hora fu-
gaz... y decisiva. A partir de las canas
primeras, el derrumbamiento vendría len-
to, pero inevitable, hoy sería el hallazgo
de otro ricillo de plata; mañana la arruga
imperceptible que frunce la comisura de
los labios en un suave gesto de cansancio;
luego el surco de las ojeras se haría más
dilatado y más profundo. Lo que fué has-
ta ahora un lunar delicioso—tácita invi-
tación al beso—, se endurecería, convirtién-
dose en verruga; la piel tersa y rosada co-
mo una porcelana de Oriente, perdería su
turgencia, palideciendo como si se envolvie-
se en un velo terroso... Asomaría junto a
las sienes la pata de gallo, terror de las
solteras impenitentes. El busto perdería
su arrogancia, despauverándose, como que-
riendo, con su flacidez progresiva, al des-
cender a lo largo del pecho, buscar las
ubres de la tierra madre y nutrir de los
humanos.

Y su Pepe Luis, insensiblemente iría aten-
nuando su fervorosa admiración; lo que fué
culto exclusivo por ella, se convertiría pau-
latinamente en costumbre, en tolerancia; la
antorcha del deseo, que iluminaba ahora
con sana alegría radiante la vida de ambas,
buscaría en su marido, para no apagarse el

incentivo de su fuego en la juventud de
otras mujeres...

Un día, de su belleza no restaría más que
un recuerdo en el corazón de Pepe Luis, y
como testimonio único, un gran retrato—
borroso ya, como el recuerdo por la pátina
del tiempo—presidiendo la soledad del des-
pacho, como el ara abandonada de un rito
ya olvidado...

Elena tuvo el raro valor de los grandes
espíritus: el valor de no sobrevivir a su es-
pendor culminante.

Cuando aquella noche regresó Pepe Luis
a su casa, la enamorada le aguardaba más
bella que nunca, y más amorosa que en nin-
guna otra fiesta de su apasionado idilio.
Verdaderamente, valía por toda una vida el
gesto admirable con que Elena ciñó aquella
noche sus blancos brazos conyugales al cue-
llo de su esposo. Y por toda una eternidad,
el amor que incendió aquella noche el ca-
marín donde Elena oficiaba a un tiempo
la apoteosis y el funeral de su belleza.

A la noche siguiente, pretextando un li-
viano malestar pasajero, Elena se retiró
a sus habitaciones particulares. Cuando Pe-
pe Luis entró por la mañana a saludarla,
estaba tendida en un canapé del cuarto to-
cador, junto al balcón que daba al jardín,
como dormida en la semioscuridad de la es-
tancia velada la luz matinal por el tamiz
violeta de los estores.

El aire, pleno de fragancias, colmado con
el aroma de miles de flores distintas, enra-
recido por innumerables perfumes, envol-
vió a Pepe Luis en un vaho pesado y cál-
ido como en una caricia letal. Abrió las puer-
tas del balcón, apresurado y el sol en-
tró a raudales en una epifanía de gloria, de
eterna juventud y de belleza.

Elena estaba más hermosa que nunca, en-
vuelta en su quimono de seda blanca, bor-
dado de crisantemos amarillos y de helio-
tropos grises, canónicamente perfecta en
su definitiva inmovilidad, como la estatua
yacente de Ariandna. La estancia, cubierta
por completo de flores; las mesas y las
vitrinas repletas de pomos de esencias va-
ciados, delataban su decisión de morir de-
liciosamente, sin que se alterase la pureza
de sus líneas, sin que la sonrisa que ilumi-
naba su rostro se trocase en un rictus de do-
lorosa despedida.

Y en verdad que había hecho de su muer-
te, como de su amor y de su vida, una obra
de arte insuperable. Estaba tan hermosa,
que Pepe Luis, sintiendo un subitáneo de-
rumbamiento de la razón, no se atrevió a
besarla religiosamente respetuoso ante la
rara perfección de su belleza inmóvil.

Cuando apartaron de aquella extraña cá-
mara mortuoria al amante, dulcemente ri-
sueño y contemplativo frente al cadáver de
su esposa, la Locura le había hundido su
garra en el cerebro, donde ya nunca se re-
flejaría otra visión que la de Elena, eter-
namente bella en el recuerdo indeleble de
su tránsito.

(Prohibida la reproducción)

AL PIE DEL HUMILLADERO

por DOMINGO DE FUENMAYOR

Ana María y Juan Luís, fueron novios.

Pero de esto hace ya varios años, ella entonces tenía diez y siete y él acababa de cumplir los veinticinco. El se marchó a correr mundo montado en la herencia de su padre. Ella, quedó en el pueblo. Ahora, al cabo de los años, de varios años, ha regresado Juan Luís. Ya, claro, no son novios. La chiquilla de entonces, es hoy ya una mujer; una mujercita que ha leído mucho, que ha aprendido mucho, que ha llorado quizás, mucho también. El galán luce ya en la cabeza una veta de plata «elegante; de cómo anda su corazón, ya lo dirá el diálogo.

Hoy «casualmente» han coincidido en el paseo «de» Ana María. El paseo de Ana María recorrido todas las tardes es la carretera que une al pueblo con el inmediato. A la mitad precisamente, hay un humilladero de viejas piedras. En un peldaño se sienta Ana María, y lee.

Así en éxtasis la ha encontrado Juan Luís.

—Ana María...

—Buenas tardes, Juan Luís.

—No te he sorprendido demasiado, ¿verdad?

—No. Sabía que habías llegado al pueblo.

—¿Sabías?...

—Sí, claro, aunque no por ti. Pero nuestro pueblo no es París ni Londres, ni Madrid siquiera. No sólo conocía tu llegada, sino que te he visto, además, varias veces, desde que has llegado.

—Perdóname.

—Oh! ¿por qué perdonarte? Bastante perdonado te deja esto que has hecho de venir hasta aquí.

—No, pues te aseguro que ha sido pura casualidad.

—Entonces, si vas a necesitar que te perdone.

—No sé lo que me digo.

El autor se olvidó de anotar que es la media tarde. Una media tarde de Mayo, deliciosa. El campo todo lleno de flores, es un canto de vida y tal vez, también de amor. Jamás el cielo fué tan azul como en esta tarde de Mayo. De lo lejos viene de vez en vez una copla que de la lejanía trae el viento, templado y sutil; a buen seguro es un zagal que sueña cantando.

Juan Luís ha obtenido permiso de Ana María, para sentarse a su lado, en un peldaño del humilladero. En estas piedras que sostienen los brazos perdurable y misericordiosamente abiertos de una cruz de hierro, hay grabadas muchas fechas, muchos nombres; y algún que otro poema balbuceado a punta de rudo cuchillo; un corazón en llamas... un rostro de mujer...

Juan Luís, por dos veces, ha dicho:

—Ana María...

Por el tono de voz, y por los ojos bajos y aún por el trémolo de las manos, Ana María ha esperado algo más que oír un nombre. Más no ha dicho otra cosa Juan Luís. Y es ella, entonces la que solicita:

—Dime...

—Ana María... perdóname.

—¡Huy! ¿otra vez?

—Perdóname, Ana María, no por la puerilidad de antes, sino por mi maldad anterior.

—¿Por tu maldad? No te entiendo. De verdad, Juan Luís; no te entiendo.

—Te dejé, Ana María, y éramos novios.

—Éramos novios. También así, en pretérito, pudimos decirlo cuando te marchaste. No dejastes, pues, a la novia, sino a una chiquilla que fué en un tiempo novia del «chiquillo», que eras tú.

—¿Y si yo te dijera, Ana María, que vuelvo para recobrar al chiquillo y a la chiquilla aquellos?

—No te creería.

—¿Te he engañado, a pesar de todo alguna vez? ¿Me crees capaz de engañarte?

—Te creo capaz de engañarte a ti mismo.

—Ahora, Ana María, de verdad, de verdad, como tú antes, soy yo el que no comprendo.

—Pues es bien sencillo: la vida, Juan Luís, no marcha para atrás. Pasar es eso: dejar un día, perder un día, gastar un día... ¡figúrate lo que representará pasar ocho años, como desde entonces hemos pasado!...

—No, no, han pasado ellos.

—Hemos pasado nosotros, ha pasado nuestra vida. El tiempo en realidad, no existe. No existiría sin el punto de referencia de las vidas. Si los hombres no se hicieran viejos y las flores no se marchitaran, ¿cómo íbamos a conocer que el tiempo, una cosa tan impalpable como el tiempo, había transcurrido? Dios, al hacer el mundo, hizo el tiempo también...

Juan Luís no contesta. Ella, guarda silencio un ratito también. Y luego, sigue:

—Qué cosas digo ¿verdad? Antes, entonces, no decía estas cosas, no podía decir estas cosas.

Aquella chiquilla recitaba versos nada más y lloraba bajo un rayo de luna. ¡Dónde estará, Juan Luís, aquella chiquilla!... Como dónde estará el chiquillo aquél que guardó unas hebras de mis cabellos de colegiala, como una reliquia.

Ha sido la vida, Juan Luís, la que ha hecho el cambio en las almas, como en los cuerpos lo ha operado.

—Siguas pareciéndome encantadora, Ana María...

—Mira, eso que acabas de decir, es todavía digno del chiquillo...

—Porque somos los mismos, porque la vida no nos ha cambiado.

—Sí, desgraciadamente, sí.

—¿Desgraciadamente dices? Ya es mucho.

—Ya es nada: dije desgraciadamente, como podía haber dicho afortunadamente. El adjetivo, es lo de menos. No, mira, amigo, hermano mío, si quieres, tú tampoco eres el mismo. Anoche papá llegó del casino encan-

tado de haberte oído contar tus viajes. ¡Cuánto sabe, cuánto sabe!... decía el pobre viejo. Y me pregunto yo, ¿cómo va a ser el mismo este tan sabio de hoy, que aquel muchacho cuya única sabiduría era quererme?

—El amor primero no se olvida.

—¿Y si yo lo olvidé? ¿Soy yo la misma, acaso? No, Juan Luís. Tú, por los mundos, y por el mundo de los libros yo, nos hemos dejado a nosotros mismos en el camino. Vivir dos veces una misma vida, es demasiado triste, cuando no somos lo que éramos cuando la vivimos la primera vez.

—Palabras, palabras.

—Como las tuyas, como todas: palabras. Y esto es lo malo, esto es lo irremediable: que al encontrarnos sean palabras y no silencio lo que hayamos encontrado; si yo, ante ti, no hubiera acertado a razonar, a hablar, a «hacer frases» si quieres, yo te seguiría queriendo, yo sabría que te seguía queriendo. Pero, ya ves ¡si hasta elocuente creo que he estado!...

Cae la tarde. Por la carretera que ahora el sol poniente tiñe de violeta, pasa un rebaño y el zagal que cantaba, cantando. Ana María se levanta:

—Acompáñame, Juan Luís. Sería mayor motivo de murmuración que no nos vieran volver juntos.

—¿Y no podré aspirar a una más larga compañía?

—No; sinceramente, no... Además, sé que vas a marcharte de nuevo.

—Una palabra tuya y no me marchó. Todo el mundo que he visto, no vale lo que este pequeño mundo tuyo, que abandoné...

No contesta ella, calla él también. En el silencio de la noche que llega, van por la carretera, gris ya, como dos enamorados. Al andar se han rozado sus manos. Y es ella, luego, la que toma entre las suyas, una de él. Y habla así, cabizbajado abatidos los ojos, como no queriéndose escuchar a sí propia.

—Juan Luís: véte. Sal al mundo otra vez. Y si al cabo del tiempo, un día—malo o bueno—vuelves a acordarte otra vez de la que fué tu novia, tu novia te recibirá con su mejor sonrisa de antaño. Ahora, no. La poesía de la tarde, podría hacernos cometer una equivocación irreparable. Vete, Juan Luís.

Juan Luís, en un histéresis cálido y tembloroso, dice:

—Corrí todo el mundo, Ana María. Fuede decir que ya estoy de regreso. ¿Quieres devolverse a mi novia?

—No, no... todavía no,—se adivina, más que se escucha que pronuncia ella, tan quieto.

Han llegado al pueblo. Las gentes los miran con una malicia benevolente.

Y una mujeruca, cuando han pasado, sentencia:

¡Donde hubo fuego...

no ha despertado en tí nunca un recuerdo más grato que nuestro presente? Dímelo.

El.—Claro, mujer. Yo no pienso más que en tí, en nuestro Juan Alberto, en mi trabajo cotidiano, metódico, sin interrupción, para vosotros...

Ella.—(escogiendo, sagaz, el momento oportuno para atacar a fondo).—Entonces, sino la has amado, si nada representa hoy para tí ese retrato, toma, quémalo tú mismo. Quiero que seas tú quien, destruyendo ese retrato de tu otra vida, de la que no fué «mía», anules tu pasado. (Persuasiva).— ¡Así serás más «mío», «mi» Alberto!

Y le tocó mimosa, con la suavidad imperativa de quien se sabe obedecido de antemano, la fotografía, un poco desvaída ya, de la amada de otro tiempo.

El abúlico, no atreviéndose a rechazar abiertamente aquella demanda de la esposa que pugnaba con su actual estado de ánimo, recurrió a los procedimientos oratorios que tantos éxitos forenses le proporcionaran. En vano agotó todos los recursos de la dialéctica para disuadir a Eulalia de su capricho. Habló de la futilidad de aquella preocupación, queriendo así restar importancia a su negativa. Trató de lo poco gallardo que era en sí, no por la persona de Elisa, sino por él mismo, el gesto que ella le exigía. ¿No era cobarde dar como pasto a las llamas del hogar aquella cartulina, que, antes de todo, representaba a una mujer, a un ser ausente, indefenso, tal vez en el mundo ya, sagrado e intangible, de la muerte?

La garra aquilina de Eulalia, acostumbrada a clavarse siempre en el mollar carácter de Alberto, se crispó iracunda, por fin, ante la pasiva y elocuente resistencia de su marido. Un vocablo que se evadió del pecho, en la contienda, un gesto que no pudo dominarse, y las palabras encendidas, relampagueantes, de la cólera, brotaron a borbotones en los labios de ambos. Las almas estaban desnudas para gladiar inexorablemente.

Entonces surgió lo inesperado, la rebeldía de Alberto, que asombró a él mismo y exaltó a Eulalia a las cumbres tempestuosas de la ira. Y fué el atropellarse de las quejas, de los mútuos reproches, de los rencores largo tiempo inconfesados. Ella habló de banqueros, de ministros, de príncipes, que pudieron haberla hecho dueña del mundo. El se mantuvo en un plano individualista más profundo, más sencillo. Se limitó a epitafiar apasionadamente su juventud agotada, su espíritu puro y libre, deshecho por las tiránicas conveniencias sociales, por el mundanismo, por la ambición de ella que le empujó siempre hacia los vericuetos de la moral, apartándole de la Verdad y la Belleza, esquivas a los hombres roídos por la lepra de los afanes.

Hay palabras que ni los dioses mismos pueden borrar del corazón humano, una vez pronunciadas.

Hubo un momento de tregua en que los dos temieron haber ido demasiado lejos... y vislumbraron el contraste grotesco que existía en los bajos fondos removidos y el motivo inicial, tan pueril, de aquella tragedia acre y sangrante, a la que se había lanzado sin pensarlo. El, que por abulia, por timidez para abordar los pavorosos proble-

mas de su yo, por miedo a las situaciones violentas, jamás se había resuelto serenamente a recabar para sí el derecho a ser y vivir de acuerdo consigo mismo, ahora, una vez pronunciadas las palabras indelebles, terriblemente sinceras, no quería, no hubiera podido aunque lo intentase, ceder el terreno ganado en un momento en que se puso al margen de la apacible comedia cotidiana. Ella, por orgullo, por instinto conservador de su poderío, no renunciaba tampoco al éxito, segura de seguir siendo dueña de Alberto, si aunque sólo formalmente, le dominaba ahora también haciéndole arrojar al fuego aquel retrato.

La figura de Elisa, que, como todas las entelequias contras las cuales o por las cuales se lucha, era insignificante en su origen —por no haber representado en la vida de Alberto nada más que el amor pasajero y literario de una primavera—ahora, después de la batalla cordial entablada por su causa, se erguía entre ambos como un símbolo que mereciera sacrificar costumbre, bienestar, todo, en aras de su derogación o de su triunfo.

Para Alberto representaba la juventud; y su defensa el retorno de los bellos tiempos anárquicos. Para Eulalia la libertad del árbol donde sus brazos de hiedra se aferraban, y su supervivencia, el oasis de su poder omnívoto.

Alberto tomó el retrato de Elisa y blandiéndolo en el alto, como una bandera de combate, clamó las palabras finales de aquella escena decisiva en la futura vida hogareña:

—Oyelo bien, Eulalia. Esta noche he hablado claramente, he libertado mi corazón de la losa de timidez e insinceridad que te agobiaba. Ya nunca más volveré a traicionarme. Seré, por encima de todo, «yo mismo», como siento que soy, como me arrastra a ser mi alma, dormida tantos años bajo el letargo de tu influencia.

No quiero hacer un culto de este retrato, sencillamente, porque ello no sería gallante para tí, que eres mujer. Pero no ultraje en él mi juventud, ni podré ver en quien lo ultraje un corazón hermano mío. Ahora, tómalo.

Lentamente, queriendo disimular la humillación de que sentía invadida su alma, Eulalia recogió el retrato y se acercó al hogar, con el continente procesional, hierático, de una sacerdotisa que se dirige al ara para officiar su rito.

Alberto advirtió aún:

—Mira lo que haces, Eulalia. Si quemas ese cartoncillo insignificante que nada por sí mismo representa, pero que significa para mí, en este momento, mi juventud, mi juventud entera, todo, todo habrá concluido entre nosotros.

Como un látigo, vibró la risa despreciativa de la dominadora, a quien esta actitud comedida y prudente de su marido había hecho cobrar nuevos ánimos:

—Si no lo he quemado ya, ha sido por dejarte tiempo para que te decidas a hacerlo tú mismo. Piensa que amo cuanto es imposible, y que si me dejas quemar este retrato, no nos reconciliaremos jamás, porque ya, aunque quisieras, no podrás arrojárselo al fuego con tus manos...

Alberto, hundido nuevamente en la butaca, silencioso, inmutable, encendió otro cigarrillo. Estaba irrevocablemente resuelto a ser leal consigo mismo en adelante.

Eulalia, incomprendida para las teorías—que mueven mundos—indiferente a los principios, amiga solamente de los hechos concretos, con esa inconsciencia femenina de los gobernantes que no «ven» el fracaso de su política... lanzó a la chimenea el retrato de la mujer lejana; lo vio arder, y cuando sus pavesas se fundieron con la ceniza de los troncos humeantes, dejando caer sobre el insurrecto una mirada de orgullo, se alejó de la estancia.

El hombre estaba solo, recibiendo en el silencio de la alta noche, la lección del fuego. Como el retrato sacrificado una hora antes entre las llamas, la vida suya se iría consumiendo en la voracidad volitiva de Eulalia, sin dejar de lo que todavía era—puesto que se rebelaba—el alma libre de un hombre encadenado, más que las cenizas del hogar que un criado recoge por la mañana, indiferente, olvidado de que aquello fué un tronco lleno de verdes ramas, de nidos y de aromas. Meditando sobre su presente, recordando su ayer que quería hacer revivir en el futuro, Alberto pasó la noche en claro.

La luz híbrida del alba que se filtraba por los stores del balcón disputando a la lámpara eléctrica, el ambiente del despacho, Alberto preparó su maletín de viaje. Recogió algún dinero y envolviéndolo en su magnífico gabán forrado de pieles—isu gabán de burgués!—el alma antigua del nihilista, abandonó la casa que su abulia, no su esfuerzo, fundara.

¿Su hijo? Si lo merecía, el triunfo de su individualismo estaba asegurado. Bastaba con el ejemplo disolvente que el gesto de su padre le dejaba como mejor herencia. Juan Alberto no merecía vencer, no vencería, si no lo conseguía todo de sí mismo, como él lo había conseguido. Si prefería la vida muelle y falsa de la que él adjuraba, la educación dominica le haría apto para luchar con ventaja. Y los bienes materiales ganados por su padre, que la huida ilegal de éste le dejaba como suyos, eran más que suficientes para que el cerdo de la pira epicúrea se cebase a sus anchas.

Después de todo, Alberto—que había hecho siempre tablá rasa de las normas—no podría reprocharse nada dejándole casi íntegro al hijo el fruto de diez años de traición a su conciencia. ¿Afecto, amor paternal?... Las «nurses», la etiqueta social, los colegios, le habían tenido siempre tan alejado de su hijo... que ahora, recobrada su antigua serenidad filosófica, aquél no era, sino una flor nacida en la arcilla pasajera y luminosa de la mujer, por una involuntaria coincidencia de gérmenes. De no haber sido él durante una década, la víctima de Eulalia, con otro nombre y apellido—acaso sin éste último—, Juan Alberto habría sido el hijo de un banquero, de un ministro, de un príncipe. La madre lo había confesado paladinamente aquella noche.

El primer tren llevó al hombre libre hacia la vasta vida, desconocida, inesperada...

(Prohibida la reproducción)

ETERNAMENTE BELLA EN EL RECUERDO

por JUAN G. OLMEDILLA

Lloraba dulcemente Elena, como una reina destronada.

De bruces sobre la frágil mesa de cristal y cedro, sollozaba en su tocador de sobrias tonalidades rosa y sépia. Entre los largos dedos sutiles, de esmaltadas uñas y nacaradas transparencias, oprimía un finísimo haz de cabellos de plata. Su semblante expresaba el desconuelo de quien, al desprender una hoja del calendario, en horas dichosas de inconsciencia, descubre una fecha dolorosamente memorable.

¡Treinta y cinco años!... Como en un sueño había vivido hasta entonces, ajena a la noción del tiempo, indiferente a la prodigiosa labor destructora del minuto que se sucede, que se arrolla, creándose y devorándose a sí mismo. Si la felicidad consiste en olvidarnos de los demás, y aún de nosotros, libres del tiránico contraste con la realidad ambiente, Elena vivió feliz durante quince años... porque ignoraba haberlos vivido.

La opulencia, como un huerto de sazonados frutos, había inclinado en todo momento, a su peso, las ramas colmadas de sus árboles oferentes. Cundo salió del colegio francés, donde se educara a todo lujo, conoció a José Luis Seigland, en un campo de «tennis», quedando presa su alma velivola en el encanto, en el embrujamiento que la arrogancia varonil de aquél, le produjera de pronto, con sólo verle. José Luis era ingeniero de caminos. Fuerte, gallardo, inteligente, de complexión robusta, bello y equilibrado como un atleta.

Elena—hija de un rico banquero barcelonés—era alta, rubia, esbelta, proporcionada de belleza canónica, como una antigua diosa de mármol, como las diosas clásicas del Mediterráneo en cuya orilla había nacido. Galanteada algunos meses por José Luis Seigland, ella—que se habría enlazado a su cuello, enamorada desde el primer instante—esquivó sus finezas cuanto pudo, coqueteando, sin embargo con él hasta el último momento para no perderle y dar tiempo a que el aceptarles como prometido pareciera conveniente a todos.

Recien casados viajaron largamente, como amigos y amantes... además de como recién casados: esto es, en una comunidad perfecta y creciente de cuerpo y de alma. Luego se habían instalado en Bilbao, y allí

vivían un poco apartados siempre de los convencionales ritos de «la buena sociedad» a la que por herencia, aunque no por temperamento, pertenecían.

Poco a poco habían hecho de su casa un museo, de su vida común, una obra de arte. Empezando como la mayoría de los enamorados, por puerilidades, por naderías de esas que son como el mínimo común múltiplo de todos los infelices que se aventuran a compartir su vida con otra persona, había llegado—por instinto de selección y sin darse cuenta de ello—a depurar sus afinidades, quinta esenciando su existencia a tal punto que los que antaño condensaron las suyas unidas en este lema: «la vida es bella, porque nos amamos», podían ahora sintetizar su razón de vivir en este otro: «Amamos la vida, amándonos, porque hemos subido embellecerla y hacernos dignos de ella y de nosotros».

Siendo distintos y personales, con criterio independiente cada uno para juzgarlo todo libremente, habían logrado sin proponerselo, un ensamblaje espiritual perfecto que obraba en ellos el milagro de hacerle crear grato y sin gota de hiel el don miserable de la vida.

En Elena, soberanamente hermosa al casarse el sentimiento innato de la belleza, habíase ido desarrollando con mayor intensidad a medida que el carácter singular de su Pepe Luis fué desplegando todas sus facetas ante su alma feliz y estupefacta.

Ella, que en los blancos años colegiales había los insuperables, deleitosos estudios del ensueño—en las nubes viajeras del crepúsculo, en los árboles y las fuentes del jardín, en los mapas de las clases... veía ahora superadas en su marido todas las ambiciones de mujer exquisita por temperamento y romántica por fueros abriñanos de su juventud. Seigland, no sólo era arquetipo de masculinidad sana, fuerte y armoniosa, sino un raro ejemplar de hombre de bien: leal, comprensivo, animoso, trabajador, sencillo; desdeñoso únicamente para la plebeyez, abierto a todo sentimiento noble, siempre bajo la luz meridiana de la ecuanimidad más perfecta.

Otra virtud tenía José Luis, que Elena no quiso reconocerle sino al cabo de muchos años: la de haber sido fiel, increíblemente fiel a su mujercita desde que se casaron.

Hombre en quien al integridad física y la del alma, marchaban paralelamente, amar a Elena, fué para él consagrarle su ambición, sus pensamientos y su vida. Verdad que, de vez en vez, la officiosidad de las buenas amigas, la amable indiscreción de los salones mundanos—a los que raramente se asomaban—habían descubierto a Elena galantes devaneos pretéritos, anteriores todos ellos a la época en que empezó a cortejarla. Verdad también que esta fama, lozana aún, de hombre de amoríos, esta aureola de «homme á femmes» que prestigiaba a su marido, la había impelido a fantasear en torno a la figura de «su Don Juan», como ella—coqueta siempre, siempre fantástica—le llamaba...

Pero de estos temores infundados, de estas sospechas y celillos de gata enamorada, al más leve fundamento de duda, mediaba una distancia enorme, distancia que ella se obstinaba en salvar de un salto, atribuyendo a Pepe Luis las más irresistibles dotes de seducción mefistofélica. La mútua comprensión, sin embargo, y el mútuo amor a la belleza, habían ido atenuando paulatinamente estas inquietudes de Elena, influyendo también no poco a tonificarla con la confianza, la certeza de su propia hermosura, impar entre las mujeres hermosas de su tiempo.

Y era ahora al encontrarse en plenitud de atracción, armada de las mejores armas para mantener vivo en el hogar el fuego de una pasión que había soñado perenne, XVI había hecho renacer como de entre cenizas, de entre la plata de aquel mechoncillo de canas prematuras la llamarada apasionante y devoradora de unos celos terribles unos de esos celos lentos tenaces, silenciosos que matan al que los siente si no es que mueven a la venganza, la mano que sólo sabía de caricias. ¿Cómo había vivido hasta entonces insensatamente risueña, olvidada de la ley inexorable que condena todo lo que nace y alcanza una plenitud, a una decadencia inevitable, a una muerte segura?

De súbito, intentó sobreponerse a su dolor, conteniendo el sereno caudal del llanto. No, no; llorar era también envejecer, de-

IMPRESIONES Y RECUERDOS DE BARCELONA

por VALENTIN DE PEDRO

SANTA MARIA DEL MAR

II

Cuando lejos de Barcelona pienso en ella—y con qué conmovida saudade!—entre las imágenes que el recuerdo materializa en mi mente figura, en primer término, Santa María del Mar.

Me ha parecido siempre que al penetrar en el barrio donde está enclavada esta iglesia, me internaba en una Barcelona recóndita, palpaba el cuerpo desnudo de la ciudad.

Hasta aquí llegaba el mar... y yo me imagino a este bello monumento gótico, como un barco, a punto de lanzarse sobre las olas en tanto la enhiesta proa de granito se clava en el azul.

Así como el Escorial es la piedra escueta, y hay iglesias que son como florestas petrificadas, Santa María del Mar, es un barco, un barco transfigurado por la fantasía de un arquitecto genial en una obra de arte.

En su larga nave, las maravillosas columnas son a modo de mástiles; allá al fondo, el ábside se agudiza en forma de proa, pronta a cortar con su filo las olas y los aires. Y allí dentro, dijérase que el incienso huele a brea y a sales marinas...

Aquel barco de piedra, es el barco de la fe, no importa cuál. Y la vida se agita a su alrededor amplia y libre como el mar...

El mar es salud y energía. Es como un espíritu constantemente inquieto, que no quiere plasmarse en una forma definitiva, para no morir. El mar es como el pueblo,

aunque más exacto sería decir que el pueblo es como el mar. Y, a veces ruge y se convulsiona, como descontento de sí mismo, es porque su vitalidad es demasiado poderosa para que sus aguas estén siempre como las de un lago, o las de un pantano...

El mar es amplitud y profundidad; es univ ersalismo y es civilización. Y yo veo en mis recuerdos a esta bella iglesia de Santa María del Mar, como una concreción del espíritu barcelonés, tan pueblo, tan mar... La veo como otrora, cuando se adentraba tal un barco de piedra, en el azul divino del Mediterráneo.

LA LUNA Y LA CIUDAD

La gentileza de unos buenos amigos me llevó la otra noche al observatorio Fabra. El edificio del Observatorio tiene cierta gracia femenina y parece tocarse con un gorrito a la moda, como una cabeza de mujer.

Y, allí dentro, el gigantesca telescopio, cañón de largo alcance, que lanza nuestra mirada hacia el espacio sideral.

Confieso que el espectáculo de la luna, visto a través del telescopio, me defraudó. Su blancura de yeso, sobre la que reverberaba el sol, me dió una sensación fría. A la luna del astrónomo, prefiero la luna de todos, la que vemos a simple vista, deslizándose por el azul. El astrónomo sabrá perdonarme esta irreverencia, en gracia a Nuestra Señora la Poesía, para la cual es bello lo que conocemos, pero es mucho más bello aún lo que imaginamos.

Salía del Observatorio un poco triste, que suele ser la tristeza el gesto de la decepción. Y al pisar aquella explanada de la montaña sobre la cual se asienta, me encontré de repente con el maravilloso espectáculo de la ciudad. Fué la sensación de un cielo caído; como si se hubiesen echado a rodar montaña abajo, hasta el mar, miriadas de estrellas.

La luna blanca y fría era la imagen de la muerte; y la ciudad, con todas sus luces encendidas, era la vida.

Frente a ella, afirmando mis pies sobre la montaña fuerte y noble, respirando el aire impregnado de aliento oloroso de sus hierbas, se dilataron mis pulmones, encendió mi sangre una llama de exaltación...

Poco faltó para que extendiera mis brazos hacia la ciudad, y mi boca lanzara un grito, un gran grito: ¡Madre!...

Madre, porque en su seno se moldeó buena parte de mi espíritu, porque como una madre me acarició siempre. Madre ejemplar y tutelar, que en medio del bullicio de la vida cotidiana, y aún en medio de sus dolores y amarguras, no se olvida de cultivar una rosa rosada, símbolo de la aurora anunciación del porvenir...

Dormía la ciudad. Pero, sus infinitas luces encendidas, eran la revelación de que vivía, pues que la luz es vida.

Y, en el temblor de aquellas infinitas luces, me pareció percibir el latido vital de la ciudad dormida. ¿En qué soñaba, allá abajo, su corazón, cargado de ideales?...

La Noble Ciudad de Salamanca

Se asienta en tres colinas, con majestad de reina sobre un trono.

Desde la opuesta orilla del Tormes, que la ciñe en un abrazo, o le rinde el homenaje de la reverencia de una curva, la contemplamos. Aquí, el puente magnífico de veintisiete arcos, allá, las siluetas de las dos Catedrales y la cúpula roja de San Esteban, y las ruinas del Colegio del Rey.

Pero, al ver con los ojos o la mente, a Salamanca, no es el recuerdo de sus dos Catedrales—gótica y bizantina,— ni de sus dos

docenas de parroquias ni de sus murallas, lo que capta la admiración y nos llena, quizás de melancolía. Lo importante es la Universidad, más famosa en su época, y más importante que las de Bolonia y Oxford, Cambridge, Lovaina, París... La Universidad, que irradió un calor de hoguera y un resplandor de luminaria sobre la nación toda...

Hoy la Universidad de Salamanca, y aún la ciudad entera, no es más ni menos que las otras ciudades y que los otros centros de cultura. Más queda por las calles—pren-

dido quizás de los blasones de sus viejos palacios, o cobijados, tal vez, bajo los soportales próceres de la Plaza Mayor— un como espíritu perenne de principal nobleza, un anhelo inconcreto de que tornen las pretéritas jornadas de gloria. Como aquella del florido Mayo en que entró Carlos V por la puerta de Zamora, y lo gastado en festejarle «hubiera bastado para fundar una ciudad»; o como aquella otra de los desposorios de Felipe II, recién púber con María de Portugal...

HAY QUE VOLVER A EMPEZAR

por JUAN G. OLMEDILLA

Alberto, retrepado en el amable butacón inglés, fumaba frente al hogar de ancha chimenea artesonada. Extático, contemplaba el fuego mientras su pensamiento, cansado del continuo trabajo del bufete, perseguía, danzando entre las llamas que lamían los troncos resinosos, el recuerdo de un pretérito mejor o el fantasma de una esperanza nueva.

Era ya crónica su disconformidad con el presente. A cada momento, su espíritu, entre el farrago judicial de sus actividades mentales y la balumba deslumbrante de su vida de sociedad, volaba, fugitivo, al mundo de las evocaciones. El profesor de energías que todos veían en él, el radiador de esfuerzo, de voluntad, de vida, era en sus soledades un pobre abúllico, apesadumbrado y contemplativo.

El alma de Alberto, desde el fondo ignorado de sus galerías interiores, execraba su existencia oficial de abogado de primera categoría con la clientela más selecta de la Corte, y en un distrito galáico al que representar en el Parlamento... si representar se llama a la usanza de un acta popular para que no la ejercite otro ciudadano. Todos sus soliloquios convergían en esta pregunta llena de terrible inquietud, de angustiosa desorientación, de torturante lucha entre su personalidad que quería subsistir y la realidad de su vida que le delataba lo contrario: «¿Cómo he llegado a ser lo que soy?»

Su juventud fué rebelde a todo cánón, enemiga de toda ley, contraria a toda limitación. Su plenitud era ordenada, disciplinada, metódica. Amó «la música de las estrellas», el divagar, la paradoja: Lo impráctico. Ahora se afanaba por los negocios, por los honores cotizables, por cuanto era de una utilidad inmediata. Sintió en su corazón la generosa fraternidad de todos los dolores humanos, de todas las injusticias sociales; lo comprendió todo, lo disculpó todo, lo amó todo. Hoy era intransigente, inflexible, egoísta. Fué arbitrario, y hoy era lógico. Fué romántico y era clásico. Revolucionario ayer, conservador hoy. Exaltó lo bellamente inútil, lo frágil, lo versátil, lo caprichoso, cuanto es cambiante y fugitivo. Ahora defendía lo sedentario, lo sólido, lo normal, lo razonable, cuanto a seriedad humana y el miedo, han proclamado intangible.

El comunista que consagrara sus años más bellos a proclamar el amor libre, la propiedad colectiva, la derogación de todas las leyes que no fuesen las naturales, de todos los cultos que no fuesen el del individualismo magníficamente primitivo... y futuro, estaba hogaño casado, mantenía tres criados, tenía fincas de recreo, abonos al Real y a la Princesa, tierras de labranza; utilizaba la interpretación del Código vigente a medida de los deseos de quienes le confiaban sus querellas; había internado a su único hijo, Juan Alberto, en un Colegio dirigido por dominicos franceses. En el Congreso votaba con la mayoría.

Todo esto era obra de una mujer; mejor

dicho, destructora labor femenina de la Obra que era su alma, antes. Su nihilismo perfecto, la obra maestra de su espíritu disuelto y disolvente, había fracasado el día en que, por no creer en nada, creyó que la felicidad, la razón de vivir, el móvil de todo, la verdad, podía encerrarse—puesto que, acaso, no existía—bajo la arcilla luminosa y pasajera de una figura de mujer.

La historia de su amor por Eulalia fué una larga serie de claudicaciones y renunciamientos. Siempre la sonrisa ambiciosa, la sonrisa insinuante y volúcida, generatriz de voluntades opuestas a las que agotaba y rendía, la sonrisa suplicante, irresistible, vencedora de Eulalia, le dominó empujándolo—aherrojado en las cadenas de sus brazos—por el sendero del triunfo humano, el sendero de los hombres que tienen la desgracia de perseguir un fin y el castigo del éxito.

Ahora Alberto había triunfado en la vida, pero no había triunfado de la vida. Y fué por miedo a la violencia, por negligencia en la defensa de su yo, por horror a la oposición, a la lucha, por pereza para divorciarse del ayer, por todo esto, por lo que Alberto cayó de una en otra cima espiritual, a medida que se elevaba de una a otra esfera en la grotesca comedia balzaciana del mundo.

—Alberto, jamás me habías hablado de Elisa...

—Bah! No me he acordado nunca—respondió él displicente, y siguió soñando frente al fuego.

Eulalia hablaba a su marido desde el sillón de trabajo de éste, semioculta tras una muralla de papeles, de paquetes epistolares, de mamotretos curialescos. Lo había revuelto todo: El «bureau», la mesa, el clasificador... Su instinto, siempre despierto, de dominación, no se saciaba nunca. Como la mandrágora que se ciñe al árbol nutricio y le atenaza hasta ahogar con su brazo la circulación libre de la savia, así ella quería ceñirse siempre más estrechamente a la vida de «su» Alberto, inmiscuyéndose en las celdillas más recónditas de su cerebro para sorprender y encauzar sus pensamientos apenas aleteantes en el alveolo donde se engendraban.

Aquella noche aprovechó el descanso del pelele para hacer un registro en toda regla en los papeles de su despacho. Y, como la mayoría de las mujeres demasiado curiosas, expiaba su discreción bien tristemente. No merecía la pena de haber sembrado semejante desbarajuste para obtener, después de una hora de desalojar casilleros, revolver carpetas y vaciar cajones, esta lamentable conclusión: «¡No oculta nada interesante!»

Tranquila y desilusionada, intentaba ya restituir cada cosa a su sitio, cuando entre unos legajos amarillentos—la primera causa que defendiera Alberto en sus tiempos de célibe—un retrato de mujer cayó sobre la alfombra.

En silencio, mientras su corazón latía con inusitada violencia, Eulalia contempló la

fotografía largamente, minuciosamente, observando con femenina agudeza crítica, todos los detalles de la edad, del rostro, del continente, del vestido de su ignorada rival de antaño. Estudió el nombre, la rubrica, la fecha, hasta el membrete del fotógrafo. Al dorso, una extensa dedicatoria, escrita con letra desenvuelta y apasionada. Llena de extraordinaria simpatía, la hizo estremecerse de absurdos celos retrospectivos de rabia por no haber podido evitar «aquello», rabia mezclada a un vago terror al mañana indescifrable.

Viendo que su marido eludía una explicación, suave, felina, cariciosamente—con el refinamiento de un victimario chino—leyó a media voz en que la ira se amalgamaba con la ternura sollozante de los adioses, la dedicatoria del retrato, mientras Alberto, sin darse de ello cuenta, como atraído por misteriosas fuerzas inminentes, se alzaba poco a poco de la butaca, Lázaro que revive a la voz del pasado: «Cuando todo haya concluido entre nosotros, y estés lejos de mí, atado quizás a otra mujer, y para siempre; cuando tu vida haya cambiado por completo; cuando, persiguiendo la felicidad, hayas logrado la mayor de las penas, el conseguirla, habrá algo, no obstante, que te seguirá haciendo mío; el recuerdo de que fui tuya «por ti» exclusivamente, de que te amé como hoy eres, pobre, arbitrario, rebelde, de que amé en tí al Hombre primitivamente desnudo de levita y de prejuicios. No podrás olvidarme, porque yo habré sido en tu vida la libertad hecha amor. Y la juventud también, que no vuelve. Elisa».

A un ángulo de la estancia, en la penumbra, los ojos de Alberto brillaban con un hermoso fulgor juvenil. El silencio batía tenuamente sus alas armoniosas sobre las almas despiertas y apercebidas a la lucha.

Ella—(queriendo vencerle sin descomponer la armonía del ademán ni de la frase:)

—¿Cómo, te obstinas en callar, Alberto? ¿Crees que tu mustismo te absolverá de este pequeño crimen? Porque... eres un infiel, esa es la palabra. (Hay una pausa que llenan el hermetismo del marido y la inquietud ávida de la esposa). Para emplear una de vuestras expresiones favoritas, te diré que te he sorprendido en flagrante delito de recuerdo.

El.—Jamás pensaba en ella...

Ella.—¿Ves? «¡Ella!», la has llamado «Ella», como sólo debías llamarme a mí. ¡Dios sabe cuántos momentos de tu espíritu le habrás consagrado en tus horas solitarias, mientras yo he estado creyendo que trabajabas para tu mujer y tu hijo!

El.—Hace ya mucho tiempo que hasta ignoraba tener ese retrato. Puedes creerme, Eulalia. Ya ves el caso que hacía de él... Perdido entre los pliegos de un proceso sin importancia.

Ella—(en una transición felina, dispuesta al salto de su voluntad sobre el corazón del hombre)—¿Verdad, verdad, Alberto mío, que no pensaste nunca, desde que me conoces, en esa mujer? ¿Verdad que su retrato

Otros tiempos, otros hombres y otras cosas

La fiesta mayor de Gracia; una representación de Vico en el «Zorrilla» y cómo debutó la Xirgu, en un Teatro de la ex villa

por RAFAEL MORAGAS

En un día como hoy, la simpática ex villa de Gracia poseerá tonalidades y coloraciones, muy distintas a las del resto del año. Gracia, aparecerá engalanada, y las orquestas y bandas producirán una algarabía sin límites. Los que vaguen por sus calles, podrán sentir el placer del espectáculo de la tradicional fiesta. Hoy va a ser el día en que la gente joven graciense, admire a la hora de las iluminaciones, la plenitud del esplendor, puesto que en la fiesta Mayor de Gracia, al atardecer, todo se intensifica y redobla, que todo será algarabía y tintineo y todo girará frenéticamente, en esos festejos que van a culminar, en el entoldado y en el salón de baile, cuando la María, la Marieta y la Asunción, acompañadas de la Carmeta, la Lola, la Pepita y sus amigas, hagan su aparición, dejando percibir un leve ruido de tacones finos y menuditos.

**

Gracia, se divertirá, surgirán las notas del vals y con él, los ojos azules, grises y negros, que girarán incesantemente entre voces y risas femeniles. Pero, nosotros, recordaremos los lejanos días. Vamos para viejos y nuestro deber es recordar, que nada semeja tanto a la vejez como el artrismo y el recuerdo.

Recordaremos, que hará como cosa de unos treinta años, en el Torrente de la Olla, —hoy calle de Menéndez y Pelayo,—esquina a la de la Libertad, existía el Teatro Zorrilla. En aquellos tiempos unos aficionados, se dedicaban a entretener al vecindario, representando dramas románticos. «El zapatero y el rey», «Los amantes de Teruel», «Guzmán el Bueno», «El nudo gordiano», «El gran galeoto», «Mancha que limpia», así como aquel «Juan José», que se consideraba, en aquel entonces, como lo más avanzado y demoleador, en ideas.

Los aficionados del desaparecido Teatro Zorrilla, tenían un ídolo en la escena. El que tenían todos y el que sobrepasaba a todos los conocidos. No era otro, que el inolvidable don Antonio Vico. Era cosa sabida que el «hacer de Vico» o remedarlo, ya que no imitarlo, constituía la finalidad de todo buen aficionado.

Vico, en la noche del 31 de Julio de 1897, debutó en Novedades con «Juan José». Había lanzado aquel famoso telegrama, que así rezaba: «Aún tengo blusa y alpargatas». Las ovaciones, en la noche de su presentación en Barcelona, eran inenarrables. La noche de su presentación y a ella asistimos, se comenzó a delirar, en el primer acto y cuando se llegó, en el cuadro del presidio, a la frase: «Rosa vive con Paco», que aquel genio de la escena decía, llorando y devorando la carta de Andrés, los que se hallaban en el fondo de la platea, cruzaron ésta y se abalanzaron al escenario. ¡Noche inolvidable!

Don Antonio Vico, era el ser más mani-

rroto e improvisador que conocerse pueda. Murió pobre, habiendo pasado lo indecible por sus manos. No tuvo nunca una negativa para nadie. «Ya volverá el dinero» decía habitualmente.

Pero relacionemos al buenazo de don Antonio con los aficionados gracienses. Se tuvo que salvar del servicio militar a un compañero que tomaba parte en los repartos de las obras que se representaban en el Teatro Zorrilla. A la compañía de aficionados, no se le ocurrió nada mejor, que dirigirse a mi padre, (q. e. p. d.) para que interpusiera su amistad cerca del gran actor. Dijimos que Vico, no tenía un no para quien de él, algo solicitara, y dada la amistad y lo que quería, don Antonio a mi padre, no tardó éste en plantear la entrevista del coloso con los aficionados.

—Bueno, hijos, ¿y qué quieren ustedes echar al público?—preguntó Vico.

—Lo que usted quiera, don Antonio.

Hubo un momento de pausa. Vico, meditó y de pronto dijo:

—¿Hay que reunir mucho dinero?

—Trescientos duros.

—No los tengo nada más que en deudas. Pero en fin, los reuniremos y el público, nos los dará. Van a verlo. Yo, trabajaré con ustedes y ya pueden anunciar el «Tenorio».

Los aficionados, quedaron pasmados. Se convino el reparto y se fijaron los ensayos. Estos tendrían lugar en el escenario de Novedades, terminada la representación de la noche. Comenzaron los ensayos y los aficionados temblaban al hablar. Don Antón, les animaba diciendo:—«Hay que acercarse al toro, que es la obra y huir del burladero, que es el apuntador».

Una noche, se ensayó el acto de la cena. Llegó el momento en que «Centellas» debe apostrofar a «Don Juan» y oír a éste lo de: «Mentís, capitán», cuando surgió algo insólito e inesperado.

Se creció de tal suerte, Vico, en el ensayo, que al proferir:

—«¡Mentís, capitán!»

el que hacía las veces de «Centellas», se desconcertó, y en lugar de llamar al caballero Tenorio por su nombre de pila o sea el de Don Juan, balbuciente, le replicó:

—«¡Esta palabra, Don José!»

Soltó Vico al oír esto, una carcajada, que aún debe retumbar por los telares de Novedades.

El «Tenorio», no llegó a representarse en el Zorrilla de Gracia por causa de las complicaciones del decorado y Vico actuó en «Juan José». El ingreso rebasó de tal modo, que pudo redimirse sobradamente al que en el sorteo había caído soldado. Y esta representación, tuvo efecto, en una de las noches de la fiesta mayor de la ex villa.

**

En la calle de la Esmeralda, existe un magnífico teatro. El «Auditorium». En él, efectuó su debut, la insigne Margarita Xir-

gu. Fecha, la del cuatro de Octubre de 1906. En aquella época, uno de los autores por el que sentíamos loco entusiasmo, era Emilio Zola. «Germinal», «La Debacle», «L'Assomoir», «Naná», «El Doctor Pascal», venían a ser para nosotros, lo grande y definitivo. Además, admirábamos tanto al novelista, como al hombre. Durante la revisión del proceso Dreyfuss, Zola, adquirió el relieve de un apóstol.

Murió el autor de «L'Argent» y se trasladaron años después, sus restos al Panteón. En unión de Julio Vallmitjana y del empresario Antonio Niubó, organizamos en el escenario de lo que es hoy «Auditorium» y entonces era el del Teatro del Centro de Propietarios de Gracia, una representación en catalán del drama de Emilio Zola, titulado, «Teresa Raquin».

Me encargué de la traducción, que despaché a la buena de Dios, en cinco días. Se encargó de la protagonista, la actriz Eulalia Guitart. Esta se puso gravemente enferma y tuvo que dejar el papel. Nos hallábamos sin primera figura. Un actor, que se llamaba Salas, en unión del avisador del teatro, nos sacaron del aprieto.

Nos dieron la dirección de un teatrillo de aficionados, instalado en la calle de Santa Rosa. Allí dirigimos con Vallmitjana, los pasos. Llegamos y vimos a una muchachita interpretar «María del Carmen». Era Margarita Xirgu.

Le expusimos nuestra pretensión. Había que estudiarse el papel, que era largo, en tres días, y por todo ese trabajo, la ofrecimos ¡cuatro duros!

La Xirgu, nos confesó lo siguiente:

—Ustedes no me creerán, pero yo no me atrevo. Una cosa es trabajar entre aficionados, pero... ¿y si lo hago mal ante los señores que van a ir a los Propietarios? Trabajar ante críticos... No, no; yo, lo agradezco, pero no puedo.

Insistimos con Vallmitjana y llegamos a ofrecer ¡cinco duros por el bolo!

—Sí, sí; ya sé que es una oferta—iba diciendo Margarita—pero por otra parte, ustedes ignoran que yo, no tengo ropa.

La convencimos, que con una falda y una blusa, para el primer acto, y un traje negro para los restantes, bastaba. Nos consultó, la Xirgu, «si el que tenía para ir por la calle, serviría». La dijimos que sí, y se cerró el contrato.

Con la Xirgu, María Morera, el galán Fourquet, el gracioso Mir, el pobre Font, que ya nos dejó para siempre, y un muchacho que se llamaba Casanovas, representamos a «Teresa Raquin» de Zola.

Margarita, triunfó en aquella obra de tal manera, que a los pocos días, ya estaba contratada en Romea por el empresario, Ramón Franqueza. Después la debutanta, era la eminencia aclamada por los públicos.

Yo, cuando recuerdo, que he ensayado a Margarita Xirgu, y le indicaba cómo debía interpretar el papel, me entra pánico y se me pone el rostro al rojo vivo.